

Un fandango en medio de la travesía hacia la Alta California: los colonos sonorenses-sinaloenses en 1775

E Fandango, mariachi y bureo

En la Nueva España del siglo XVIII los instrumentos que se utilizaban para los regocijos eran básicamente los de cuerda —violín, vihuela, guitarra, arpa—¹ y a estas celebraciones se les denominaba fandangos.

El *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española era puntual desde 1732 y establecía que el “fandango” era un “baile introducido por los que han estado en los Reinos de las Indias, que se hace al són de un tañido mui alegre y festivo”.² En su *Glosario de afronegrismos*, Fernando Ortiz sostiene categóricamente que la voz fandango es indiana y deriva del término mandinga fanda, que significa convite.³ El etnomusicólogo cubano Rolando Pérez Fernández ha demostrado que *fandangu* es una palabra de la lengua kinbundu, del tronco bantú, que se habla en Angola;⁴ dicho término significa caos o desorden, de acuerdo con el *Diccionario complementario portugues-kimbundu-kikongo*.⁵

La primera referencia documental en la que se relaciona esta danza [el fandango] con tierras americanas la encontramos en un manuscrito de la Biblioteca Nacional [de España] y fechado en 1705. En él, entre otras piezas, hay un “fandango indiano”. Pocos años después, exactamente el 16 de febrero

Resumen: En este artículo se develan diversas circunstancias históricas que dan cuenta de la presencia temprana del fandango en territorio americano. Se documenta aquí que la primera referencia sobre este género de danza se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca Nacional [de España] fechado en 1705. El fandango, como baile específico o fiesta popular, tenía difusión por toda la vertiente del Pacífico novohispano y en territorios interiores. Ha sido documentado en Sayula en 1728 y en Valladolid, hoy Morelia, en 1746.

Palabras clave: Alta California, fandango, mariachi, Pacífico novohispano.

Abstract: This article reveals diverse historical circumstances that bear witness to the early presence of the fandango in the Americas. The first reference to this type of dance may be found in a manuscript from 1705 in the Biblioteca Nacional [in Spain]. The fandango, as a specific dance or fiesta celebrated by the people, was widespread throughout the Pacific watershed of New Spain as well as inland. It was documented in Sayula in 1728 and in Valladolid, today Morelia, in 1746.

Key words: Upper California, fandango, mariachi, Pacific coast of New Spain.

* Subdirección de Fonoteca, INAH.

¹ Gabriel Saldívar, “El origen de los sonos”, en *Hoy*, núm. 45, 1 de enero de 1938, pp. 26-27; Jesús Jáuregui, *El mariachi. Símbolo musical de México*, México, Santillana/INAH, 2007, pp. 174, 216-220.

² Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*, edición facsímil, Madrid, Gredos, 1979 [1732], t. II: D-Ñ, p. 719.

³ Fernando Ortiz, *Glosario de afronegrismos*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1924, p. 202.

⁴ Rolando Pérez Fernández, “Notas en torno al origen kimbundu de la voz fandango”, en Daniel Gutiérrez Rojas (coord.), *Expresiones musicales del Occidente de México*, Morelia, Morevallado, 2011, pp. 105-136.

⁵ António da Silva Maia, *Dicionário complementar português-kimbundu-kikongo (línguas do centro e norte de Angola)*, Luanda, Cucujaes, 1964.



de 1712, el padre Martín, deán de Alicante, refiriéndose al “baile de Cádiz, que vulgarmente es llamado el fandango”, nos facilita otra referencia documental que relaciona este baile con los negros gaditanos.⁶

El fandango —como baile específico o fiesta popular— estaba difundido por toda la vertiente del Pacífico novohispano y los territorios interiores. Ha sido documentado en Sayula en 1728⁷ y en Valladolid, hoy Morelia, en 1746.⁸

La carta de Rosamorada permite constatar el uso de la palabra mariachi con la acepción de fandango en 1852,⁹ pues en dicho documento se usa la palabra “mariachis” para designar a los fandangos no de manera localista, ya que se afirma con claridad que dichas “diversiones” o fandangos “generalmente se llaman por estos puntos mariachis”. El adverbio “generalmente” implica una vigencia social “general”, y que la designación sea utilizada en varios “puntos” establece un contexto regional, no local, para dicho término.

⁶ José Luis Navarro García, “El fandango”, en *Semillas de ébano. El elemento negro y afroamericano en el baile flamenco*, Sevilla, Portada (Biblioteca flamenca, 4), 1998, p. 201.

⁷ Archivo Histórico del Estado de Jalisco, Ramo civil, c 31-10-420, f. 9 recto.

⁸ Archivo Municipal Histórico de Morelia, Justicia, c171 e23, citado en Jorge Amós Martínez Ayala, “¡Voy polla! El fandango en el Balsas”, en José Eduardo Zárate Hernández (coord.), *La tierra caliente de Michoacán*, Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2001, p. 368.

⁹ Jean Meyer, “El origen del mariachi”, en *Vuelta*, núm. 59, 1981, pp. 41-42; Jesús Jáuregui, *El mariachi. Símbolo musical de México*, México, Banpaís/INAH, 1990, pp. 12, 15-17 y 97; Jesús Jáuregui, *op. cit.*, 2007, pp. 35-38 y 168.

La vigencia de la acepción de mariaches para los bailes públicos a nivel regional queda confirmada con la prohibición de los *mariaches* en el puerto de Mazatlán en 1868, poco después de la caída del Segundo Imperio mexicano. En el Archivo Municipal de Mazatlán, Sinaloa, se encuentra el “Bando de Policía formulado por los Ciudadanos Licenciado Luis G. Pacheco y Severo Medrano”.¹⁰ Una página antes se indica al margen que en la “Sesión extraordinaria del día 5 de octubre de 1868 los CC. Lic. Pacheco y Síndico Medrano presentan un proyecto de Reglamento ó Bando de Policía”.¹¹ En la transcripción completa de dicho Reglamento aparece:

Al margen: “Mariaches, velorios”.

“Art[ícu]lo 69. Quedan rigurosamente prohibidos los bailes públicos llamados mariaches y los velorios bajo la multa de diez á veinticinco pesos ó diez días de prisión ú obras públicas, disolviéndose siempre la reunión”.¹²

Sobre la Carta de Rosamorada, Meyer había aclarado:

[...] nuestro documento permite hacer caminar la discusión sobre el vocablo “mariachi”. La versión turística más difundida según la cual procede de la palabra francesa “mariage” (boda), en tiempo de la Intervención, es buena broma, y nada más. [...] Ya tenemos un testimonio anterior a los años de la Intervención francesa. Tiene peso científico, aunque no le pueda quitar peso a la leyenda.¹³

Meyer trazó, quizá sin proponérselo, las bases para el estudio científico-histórico del mariachi¹⁴ y la Carta de Rosamorada se convirtió en la *Piedra Roseta* del tema. Si la palabra *mariachi* designaba a los fandangos populares de los ranchos, entonces había que rastrear la tradición musical-literaria-dancística-festiva en el amplio noroccidente mexicano.

La Alta California es una región para la que abundan las fuentes documentales acerca de los fandangos.¹⁵

¹⁰ *Libro de Actas* del Ayuntamiento de la ciudad de Mazatlán para el año de 1868, pp. 49-79.

¹¹ *Ibidem*, p. 48.

¹² *Ibidem*, p. 63.

¹³ Jean Meyer, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹⁴ Jesús Jáuregui, “*Immo pectore*. Apostillas a *El mariachi*”, en *Istor. Revista de Historia Internacional*, vol. IX, núm. 34, 2008, p. 52.

¹⁵ Jesús Jáuregui, “Los fandangos en la Alta California a finales



Uno de los testimonios más conmovedores es el de doña Eulalia Pérez Cota,¹⁶ nacida en el presidio capitania portuaria de Loreto, Baja California, en 1768 y entrevistada por Thomas Savage en 1877, lúcida de mente. Ella había sido una renombrada bailadora de jarabes y sones y recordó las letras de los principales géneros, entre ellos el de “La zorrита”.

Recientemente Lauryn Salazar encontró en la Colección Lummis la pieza de “La zorrита”.¹⁷ Fue cantada por Porfirio Rivera en Los Ángeles en 1904 y grabada por Charles Lummis en cilindro de cera.¹⁸ En aquella época Arthur Farwell realizó una transcripción.¹⁹ El análisis de Salazar le ha permitido concluir que se trata indudablemente de un son mariachero.²⁰

del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX ¿Una tradición mariachera?”, en *Memorias del Coloquio “El mariachi y la música tradicional de México. De la tradición a la innovación”*. IX Encuentro Nacional de Mariachi Tradicional, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, 2010, pp. 203-244.

¹⁶ Rose Marie Beebe y Robert M. Senkewicz, *Testimonios. Early California through the Eyes of Women, 1815-1848*, Berkeley, Heyday Books/The Bancroft Library-University of California, 2006, pp. 113-116.

¹⁷ Lauryn Salazar, “From Fiesta to Festival: Mariachi Music in California and the Southwestern United States”, tesis doctoral en etnomusicología, Los Ángeles, University of California at Los Angeles, 2011, p. 80.

¹⁸ *Ibidem*, p. 82.

¹⁹ *Ibidem*, p. 81.

²⁰ *Ibidem*, p. 82.

Es, entonces, el son californiano de “La zorrита” la primera grabación de la tradición mariachera mestiza, ya que antecede en cuatro años a las grabaciones de 21 sones del Cuarteto Coculense, que datan de 1908. En el son de “La zorrита” se plantea otro sinónimo de fandango (“bureo”), que según el *Diccionario de la Lengua Española* deriva del francés *bureau* y significa “Entretenimiento, diversión”.²¹

“La zorrита

La zorrита se fue a la loma;
por andar de bureo, en bureo
vino pelona. [...]

La zorrита se fue a Durango;
por andar de bureo, en bureo
vino llorando”.²²

La transcripción de Salazar añade cuartetas significativas, dado el doble sentido de las frases y la inclusión de nahuatlismos:

“La zorrита, zorrита, señores,
se fue al peyote.

²¹ *Diccionario de la Lengua Española*, 20ª ed., Madrid, Real Academia Española, 2001, p. 247.

²² Rose Marie Beebe y Robert M. Senkewicz, *op. cit.*, p. 114; Jesús Jáuregui, *op. cit.*, 2010, p. 228.

Por andar de bureo en bureo,
trajo molote”.²³

En una primera acepción, “molote” significa bulli-
cio, escándalo, reunión desordenada, alboroto, esto es,
sinónimo de fandango; en otra, “lío o envoltura que se
hace en forma alargada, a modo de maletín para llevar
en el anca del caballo”.²⁴ La referencia a que la zorrilla
llegó embarazada —y que el molote remite de manera
metafórica al niño-chilpayate que lleva en su vientre—
se confirma en la siguiente cuarteta:

“La zorrilla, zorrilla, señores,
se fue a la cañada.
Por andar de bureo en bureo,
vino preñada”.²⁵

La segunda expedición a la Alta California por vía terrestre

Fray Pedro Font (1738-1781), nació en Gerona, Cata-
luña, y había llegado al puerto de Veracruz en 1763
con destino al Colegio de Propaganda Fide de la Santa
Cruz de Querétaro.

Estaba a cargo de la misión sonorensis de San Joseph
de Pimas desde 1773. Debido a su preparación en
matemáticas, geografía y cartografía, por decisión de la
Real Junta de Guerra y Real Hacienda fue designado
por el virrey Antonio María Bucareli y Urzúa, por con-
ducto del Reverendo Padre Guardián del Colegio de la
Santa Cruz de Querétaro, fray Romualdo Cartagena,
para fungir como capellán en la segunda expedición
terrestre desde Sonora hasta la parte norteña de la Alta
California.

Juan Bautista Anza (1736-1788), teniente coronel
de Caballería y capitán del Real Presidio de Tubac,
había sido nombrado comandante de dicha empresa,
debido a que en 1774 había dirigido la primera expedi-
ción desde el presidio de Tubac hasta el de San Diego.

El objetivo principal era trasladar por vía terrestre a los
colonos que poblarían el nuevo presidio y luego famoso
puerto de San Francisco, junto con sus pertenencias y
ganados. Se habían seleccionado treinta familias de sol-
dados casados de los presidios de Sonora y veinte fami-
lias de reclutas, buscados por el comandante Anza en la
zona costanera entre Culiacán y el pueblo de Sinaloa.
Era “[...] gente [...] nacida en tierra caliente”.²⁶

Una vez congregados, partieron de la Villa y Real
Presidio de San Miguel de Orcasitas, Sonora, precisa-
mente el 29 de septiembre de 1775, día titular de
dicho arcángel. La caravana de la expedición estaba
integrada por 240 personas, 695 caballos y mulas y
355 reses.

Pasaron por Magdalena y la misión de San Ignacio
para arribar al Real Presidio de Tubac. De ahí llegaron
a la misión de San Javier de Bac y al pueblo de
Tuquison (hoy en día, Tucson), última población de la
cristiandad, pues de ahí en adelante se trataba de tierra
de gentiles.

El jueves 7 de diciembre se determinó hacer un alto
en la Laguna de Santa Otalla, con el fin de que la caba-
llada y la mulada se repusieran con el zacate del lugar.
El viernes 8 de diciembre de 1775 “se dispuso dividir
la Gente y Reques de la Expedición en tres trozos para
pasar las jornadas malas y largas que seguían”.²⁷ El
derrotero se trazó por el pozo salobre del Carrizal, la
Barranca Seca, los Pozos de Santa Rosa de las Laxas y
Arroyo Seco hasta el paraje de San Sebastián. Este asen-
tamiento era una pequeña ranchería de los indios
Cajuenches serranos o, más propiamente —según
Font—, de indios de la nación jecuiche.

El domingo 17 de diciembre de 1775 se logró con-
gregar a todo el contingente en San Sebastián, con el
fondo panorámico de la Sierra Nevada californiana,
divisada desde su vertiente oriental. La comitiva había
sufrido mucho en ese trayecto por las nevadas y el frío;
de hecho, varias reses y mulas murieron por congela-
ción, pero no hubo pérdidas de seres humanos.

²³ Lauryn Salazar, *op. cit.*, p. 85.

²⁴ Francisco J. Santamaría, “Molote”, en *Diccionario general de americanismos*, 2ª, ed., Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco, 1988 [1942], t. II, p. 292.

²⁵ Lauryn Salazar, *op. cit.*, p. 85.

²⁶ Citado en Fray Pedro Font, *Diario íntimo y diario de Fray Tomás Eixarch* (ed. de Julio César Montané Martí), México, Universidad de Sonora/Plaza y Valdés, 2000 [1776], p. 456.

²⁷ *Ibidem*, pp. 125-126.



A la noche, con la alegría de haber llegado toda la gente, se armó alla entre ellos un fandango algo desconcertado, y una muger viuda, que venia en la Expedi[cion] bien descocada, cantó con aplauso y griteria de toda la gentalla unas glosas nada buenas; de lo qual se enojó el hombre con quien venia arrimada, y la castigó, lo qual oyendo en [sic] Sr. Comandante salio de su tienda y reprendió al hombre porque la castigaba. Dixele yo: dexelo Usted Señor, que hace muy bien: y me respondió: no Padre, que no debo yo permitir estos excessos estando presente. Zeló este exceso; y no zeló el exceso del fandango que duró hasta bien tarde.

Dia 18. Lunes. Dixe missa, y en ella dixे quatro palabras sobre el fandango de la noche passada, afeando la accion, pues en lugar de dar gracias á Dios por haver llegado con vida, y no haver muerto con tantos trabajos, como murieron las bestias, parece las daban al diablo con semejantes festines, etcétera: lo que pienso no le parecio muy bien al Sr. Comandante, y no me habló en toda la mañana [...].²⁸

Font da cuenta del canto de unas coplas “impropias” en el fandango nocturno, las cuales fueron del gusto de la concurrencia. Dada su repugnancia por este tipo de literatura oral, el franciscano no transcribe en su diario el texto referido.

De acuerdo con el listado de las personas integrantes de la expedición, la viuda que cantó en el fandango

fue la “sinaloense” o “culiacanense” Feliciano Arballo, quien en el trayecto desde su lugar de origen, el cual había iniciado en abril-mayo de 1775, se había “juntado” con uno de los tres solteros de la comitiva: Pedro Pérez de la Fuente, Marcos Villela o Francisco Muñoz.²⁹

“Debe tenerse en cuenta que en esta expedición los civiles que viajaban a California eran principalmente sinaloenses a los que se les había prometido un futuro de prósperos colonizadores. Muchos lloraron cuando vieron la nieve y la inclemencia del clima que comparaban con su tierra de origen”.³⁰

Font expresa su acuerdo en que el compañero de la cantante la castigue por el contenido de las coplas, en tanto Anza lo reprende. Por lo tanto, el comandante consideraba algo normal el que en los fandangos se cantaran coplas con tal tipo de temas.

En su sermón de la misa del día siguiente el franciscano arremete contra el fandango y lo asocia con el diablo. Por el contrario, el comandante Anza lo considera como algo normal. De tal manera que se puede deducir que los fandangos eran algo usual en el medio cultural del noroeste novohispano en la década de 1770.

El domingo 24 de diciembre la expedición acampó en un arroyo seco, cerca del punto de paso, de oriente a poniente, de la sierra Madre de California. Habían hecho la jornada con humedad, el cielo nublado pero sin lluvia y les tocó celebrar la Navidad con algo de frío. Comenta Font: “Supe que por ser esta noche Noche Buena se daba refresco á la tropa; y por si pudiesse impedir esta borrachera dixе al Sr. Comandante después de comer: Señor, [...] no puedo menos de decirle que he sabido que oy hay trago. Respondiome: Si hay. Pues Señor, proseguí, digo que no me parece bien que celebremos el nacimiento del niño Jesus con borrachera”.³¹

Anza le argumentó que no daba el trago para que se emborracharan y aclaró: “[...] à mi el Rey me lo passa, y me lo dan, paraque les de á la tropa”. El franciscano le replicó: “[...] si Usted conoce que se han de embo-

²⁸ *Ibidem*, pp. 138-139.

²⁹ *Ibidem*, p. 326.

³⁰ *Ibidem*, p. 219.

³¹ *Ibidem*, pp. 145-146.

rrachar, no les dé”. Para Anza era mejor que se emborrachasen a que hicieran otra cosa peor. Pero Font contraargumentó que “[...] el emborracharse es pecado, y peca también el que coopera: y assi si Usted conoce que uno con tanto se emborracha, déle menos o no le dé”. Prosigue Font: “[...] luego se dio el trago á la gente, que fue un quartillo á cada uno, y el Sr. Comandante dixo en voz alta: cuydado no se emborrichen, porque si los hallo borrachos fuera de su rancho les aplicaré pena”. Y concluye que: “[...] la gente estuvo esta noche muy cantora y fandanguera, efecto del trago, sin darles pena en vernos en sierra tan mala con lluvias, y tan atrassados con las bestias y reses cansadas y muertas [...]”.³²

Font incluye en su diario unos apuntes de sermón de aquella Navidad —lunes 25 de diciembre de 1775—, en el que resalta: “[¿] Porque se dice Noche buena? Será por que esta es noche de mucho comer, y beber, de fandango, y borracheras, de bullas [, desórdenes] y desenvolturas? [...] los dias mas sagrados se buelven dias de mas profanidad [...]”. Y remata: “Quantos de los que vienen, suspiran de su patria Sinaloa, Culiacán, etcétera, y no suspiran por su verdadera patria el cielo [...]”.³³

De la narración de Font se deduce que para el contingente de los futuros colonos la diversión acostumbrada era el fandango nocturno con borrachera y cantos. Pero el franciscano asocia a la gente a la que reclama en el sermón la realización del fandango y la borrachera de manera específica con Sinaloa y Culiacán.

Por su parte, Font estaba familiarizado con los fandangos, ya que emplea de manera elegante los adjetivos “fandanguera” y “cantora” para la gente que participó en la celebración. Meses después, el sábado 25 de mayo de 1776, ya de regreso en Sonora, tiene una discusión con el alférez de Tubac, de apellido Valderrain, quien

[...] se puso á platicar con el Provehedor, y otros que allí estaban; y con el motivo de referir con gran frescura, y como haciendo gala, los lances de los Apaches, y lo perdido que estaba aquello, diciendo que solo faltaba que

³² *Ibidem*, p. 146.

³³ *Ibidem*, pp. 147-148.



viniessen á cargar con sus mugeres [...] no pude contenerme, y le dixé, que verguenza causaba ver la risa, y modo con que se referia tantas desdichas etcétera. Y queriendose defender con decirme: pues Padre que he de llorar? Le respondi: Si señor, [...] pues [...] Ustedes, que tienen obligacion de procurar su remedio conteniendo al enemigo, no cuydan de esto, porque no atienden sino en jugar, y fandarguear [*sic*].³⁴

En este episodio, Font utiliza de manera normal el verbo “fandarguear [*sic*]”. Previamente, durante el trayecto de regreso, por las playas californianas al norte del Canal de Santa Bárbara —en las proximidades de las “Rancherías de Mescaltitan”—, los indígenas locales hurtaron

[...] el cucharón de fierro de la cocina, que se echó de menos despues de que se fueron; y aunque [...] por la mañana del día siguiente se hizo la diligencia de cobrarlo, no se pudo lograr por que dixeron que lo habian llevado los de la otra rancheria que esta al otro lado del estero. Esta noche estuvieron los Yndios muy alegres cantado hasta bien tarde: quiza celebrarian con fandango el hurto del cucharón.³⁵

³⁴ *Ibidem*, p. 419.

³⁵ *Ibidem*, p. 344.

Aquí Font se permite proyectar de manera inatenta la acepción del “fandango” novohispano a las fiestas “mitote” de los aborígenes, ya que no se precisan instrumentos musicales, literatura oral cantada y coreografía, que pudieran corresponder a los de los “mestizos” de su expedición.

El domingo 2 de junio de 1776, en que se celebraba la Santísima Trinidad, ya de regreso de la comitiva —que condujo a los colonos hasta Monterrey— en San Miguel de Orcasitas, “A la noche hubo su diversion en casa del Sr. Anza, con un fandango que se armó por la alegría de su feliz llegada. [...] Yo [...] hubiera asistido al fandango sin el menor melindre, supuesto que es gente honrada toda la que concurre, porque también me alegro yo de que hayamos cumplido nuestro Viage con tanta felicidad”.³⁶

Font nos ha privado de la descripción de un gran fandango de la elite novohispana en un presidio sonorense, dada su negativa a asistir, pues el comandante Anza no había aceptado su propuesta de que se celebrara una misa cantada de acción de gracias. “No tuve por conveniente concurrir al fandango por no aprobar con mi asistencia esta fiesta del mundo, supuesto que el Sr. Anza no aprobó la fiesta de la Yglesia, que correspondía primero [...]”.³⁷

Anza había formado parte de los militares novohispanos que apresaron a los misioneros jesuitas en 1767. El testimonio de uno de esos ignacianos proporciona información acerca de los fandangos —aunque no los designe con ese nombre— y en particular de la manera en que se bailaba entre la población “española” (criollos, coyotes, mulatos, lobos y castizos) que vivía en los presidios y los pueblos en torno a las misiones sonorenses en la década de 1760.

Los bailes de los “españoles” de Sonora (ca. 1767)

Ignaz Pfefferkorn nació en Mannheim, arquidiócesis de Colonia, en 1725. Ya como sacerdote jesuita, arribó a Veracruz en 1756 y fue enviado a las misiones de Sonora.

³⁶ *Ibidem*, p. 429.

³⁷ *Idem*.

A Pfefferkorn le fue asignada la tarea de establecer una misión en el poblado pima de Atí y, al mismo tiempo, ofrecer su ministerio para el presidio de Altar y las familias “españolas” residentes en la zona. El padre Pfefferkorn fue misionero en Sonora durante once años, de 1756 a 1767. Pasó cinco años en la misión de Atí, entre pimas y pápagos (o’odam), luego dos años en la misión de San Gabriel de Guévavi, entre pimas, y finalmente, tras un descanso en Oposura (actualmente Moctezuma), a partir de 1763 estuvo a cargo de la misión de Cucurpe hasta su expulsión en 1767. Aprendió la lengua pima y la eudeve.

Sobrevivió entre el grupo de los 51 jesuitas de Sonora, Sinaloa y Ostimuri, para los cuales el viaje de expulsión fue el más cruel. Después de ser apresados fueron llevados a las barracas de Guaymas, en donde esperaron embarcación durante nueve meses, bajo calores extremos y condiciones miserables. Una vez en la mar, debido a los vientos adversos, pasaron tres meses navegando hacia San Blas. En dicho trayecto varios jesuitas fueron víctimas de escorbuto. El jefe de arrieros contratado por la Corona española para trasladarlos de ahí a Veracruz, donde esperaba hacía tiempo la embarcación para llevarlos a Cuba, se vio obligado a apurar las jornadas. Entre Ixtlán y Tequila murieron 20 de estos misioneros.

El 8 de abril de 1769 dejó Veracruz y, arribado al Puerto de Santa María, en territorio peninsular, fue puesto en cautiverio junto con otros jesuitas de habla alemana provenientes de California y de la isla chilena de Chiloé. Se trataba de evitar que proporcionaran información sobre las regiones americanas a las potencias enemigas de España. Ocho años después, en 1777, fue liberado gracias a la intercesión del arzobispo elector de Colonia.

Con base en algunas notas que pudo llevar y conservar consigo, en entrevistas con su antecesor en las misiones norteñas, el padre Jacobo Sedelmayer (1702-1779) y otros colegas, con quienes compartió el trayecto de expulsión y el cautiverio español y en diferentes fuentes secundarias, publicó en 1794 y 1795 los dos tomos de su *Beschreibung der Landschaft Sonora samt andern merwürdigen Nachrichten von der inneren Theilen New-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland nebst einer*

Landcharte von Sonora [Descripción del paisaje de Sonora junto con otras peculiares noticias de las regiones interiores de la Nueva España y del viaje desde América hasta Alemania, además de un mapa de Sonora].

En la medida en que “Además de trabajar con los indios que estaban bajo su cuidado, cada misionero atendía a los españoles que vivían diseminados por todo Sonora. [...] Los misioneros cuidaban de sus varios presidios y reales de minas que había en su misión”,³⁸ el último capítulo de la obra está dedicado a “los españoles en Sonora”. El jesuita alemán puntualiza que:

Los españoles de Sonora son tan afectos al aguardiente, tabaco, chocolate, juegos y otras diversiones, como lo son los indios. Celebran las bodas, los bautizos y los funerales de niños ceremoniosamente. Los amigos y conocidos de ambos sexos se reúnen en tales ocasiones y se les sirve chocolate y tortillas en lugar del acostumbrado pan de trigo. Después de la fiesta se baila y los bailes son recatados, moderados pero al mismo tiempo son animados y alegres. El baile lo empieza un hombre o una mujer que bailan solos haciendo toda clase de intrincados movimientos con los pies llevando el ritmo de la música; cuando el primer danzante termina, él mismo llama a otro para que lo siga y éste a un tercero hasta que toman parte todos los que lo deseen. A veces el baile se interrumpe por un alegre canto y un grupo de gentes puede bailar, cantar y aún poner entretenidas actuaciones para diversión de los espectadores. A intervalos durante el baile se sirve a los huéspedes aguardiente, y al terminarse la fiesta, chocolate.³⁹

La población no indígena en Sonora a mediados del siglo XVIII —denominada en ese contexto de manera genérica como “españoles”— incluía una buena parte de emigrados de regiones sureñas de la Nueva España y, en especial, de gente asociada con la bonanza de las minas. Se puede suponer que pudo haber ex-asalaria-



dos “mineros” provenientes de Guanajuato, San Luis Potosí, Nueva Galicia, Zacatecas y Sinaloa. En los minerales, dada la situación de relativa y fugaz riqueza, aún la gente pobre podía “derrochar” de acuerdo con sus limitados recursos.

Coda. Dos misioneros-músicos en el noroccidente novohispano

El jesuita Ignaz Pfefferkorn era un notable ejecutante de violín, instrumento central para la melodía de la tradición mariachera, y las referencias a la música en su *Descripción de Sonora*, son de sumo interés, en especial ya que es reubicado como misionero en el territorio de Cucurpe. “Los ópatas y los eudebes [...] son mucho más civilizados que los otros sonoras, también tienen sus reuniones y bailes, sin embargo, los ejecutan en la forma rítmica y ordenada que han observado de los españoles, muchos de los cuales viven entre ellos. [...] Algunas veces alternan sus danzas nativas con bailes españoles [...]”.⁴⁰

Ambas naciones tienen una extraordinaria inclinación por la música y algunos individuos mostraban un gran talento musical. Si se les enseñaban las primeras lecciones

³⁸ Ignaz Pfefferkorn, *Descripción de la Provincia de Sonora. Libro segundo*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1983 (1949 [1795]), p. 152.

³⁹ *Ibidem*, p. 158.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 40.



para tocar un instrumento musical, suplían la carencia de una instrucción completa con un oído muy fino y una práctica incesante. En la mayor parte de los poblados habitados por estas tribus, había indios que podían tocar bastante bien la cítara o el arpa. Algunos habían sido enseñados por los españoles y después ellos mismos enseñaban a sus paisanos. Su arte no era tanto como para permitirles tocar con un dominio completo de las notas y del ritmo, pero aprendían muchas piezas de oído y las tocaban en el compás apropiado que eran muy agradables de escuchar. Contando únicamente los de la villa más importante de mi área misional [Cúcurpe] yo tenía nueve o diez músicos, a tres de ellos yo personalmente les enseñé a tocar el violín, los otros habían aprendido de los españoles a tocar el arpa y la cítara.⁴¹

“En las misiones ópatas y eudebes también había algunos indios que tocaban instrumentos musicales en agradables armonía [...]. Los indios practicaban tan asiduamente bajo mi dirección que podían acompañar a los cantantes con violines, arpas o cítaras [...]”.⁴²

A fray Pedro Font, durante su estancia en el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, entre 1763 y 1773, “[...] se le recordó como uno de sus mejores músicos. Tenía excelente voz que demostró en el coro”.⁴³ En la travesía a la Alta California, Font aclara: “Día 9 [de octubre de 1775]. Lunes. Dixe Missa; y después le cantó el P. Fr. Francisco Zuniga, y yo la oficié con mi instrumento el Psalterio que traía, el qual me obligó a cargar el Sr. Comandante [Anza], persudiendome [*sic*] á que era muy conducente para obsequiar á los Yndios Gentiles del transito, especialmente a los Yumas que son muy festivos”.⁴⁴

⁴¹ *Ibidem*, p. 147.

⁴² *Ibidem*, p. 140.

⁴³ Fray Pedro Font, *op. cit.*, p. 23.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 54.

En su diario Font registra otras cuatro veces que acompañó la misa cantada con su salterio⁴⁵ y una en el presidio de San Diego el domingo 14 de enero de 1776, “[...] acompañandome con una espineta mala [...]”.⁴⁶

También tocó el salterio en algunas ocasiones de regocijo. En la misión de San Gabriel, “Día 14 [de febrero de 1776]. Miercoles. [...] el P. [Antonio] Paterna juntó todos sus Neofitos de la Mission, y quiso que les tocara un poco el instrumento musico, de lo qual estuvieron muy contentos”.⁴⁷ En esa misión, el siguiente domingo, 18 de febrero de 1776, “[...] estuvo Dn. Juan [Anza] en estos dias muy triste y melancolico, y [...] yo procuraba explayarle el animo [...] divirtiendolo algun rato con el instrumento”.⁴⁸ En la misión de San Luis Obispo, “Día 21 [de abril de 1776]. Domingo. [...] Esta noche nos divertimos algo con el instrumento, y se les dio licencia á las Yndias doncellas convertidas, que llamaban las Monjas, para salir de su reclusion, y asistir por un rato alli con nosotros, de lo que estuvieron sumamente contentas”.⁴⁹

Es de resaltar la presencia del salterio en los confines nortehispanos en 1775-1776, instrumento de origen chino que un siglo más tarde llegaría a ser elemento característico de las orquestas típicas mexicanas.⁵⁰

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 79, 168, 232 y 250.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 182.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 205.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 206.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 339.

⁵⁰ Jesús Jáuregui, *op. cit.*, 2007, p. 52; Víctor Corona, “Desfile de orquestas típicas mexicanas. Siglos XIX y XX”, en ... *Y la música se volvió mexicana*, México, Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical Carlos Chávez-INBA/INAH (Testimonio musical de México, 51) 2010, pp. 209-223.